

anécdotas sus...

- ¿Y yo que coño tengo que ver con eso? - me irrumpió agresivo.

- Bueno... - respondí sin saber qué decir- usted fue propietario hace muchos años de una finca en su término... y...

En aquel momento se abrió la puerta del ascensor y apareció una mujer de cabellos blancos ya entrada en años portando dos bolsas de supermercado en la mano, cuyo rostro pese a la edad todavía conservaba rasgos de belleza. Vestía un deteriorado abrigo marrón y caminaba un poco encorvada. Apenas la vió, mi interlocutor la increpó desconsideradamente sin reprimirse por mi presencia.

- ¿Ya has estado otra vez con la mierda de las máquinas tragaperras, viciosa?

La pobre mujer no respondió y traspasó el umbral en silencio, sumisa, como acostumbraba a sufrir tales vejaciones. Después el marido volvió a decir despectivamente dirigiéndose a mí:

- ¡Es una desgraciada! Me sisa cuanto puede para gastarlo en las dichosas máquinas.

¡Ni con palos escarmienta!

Al ver sus ojos inyectados en sangre, no dudé ni un momento que su alusión a "los palos" no era broma. ¡En plenas facultades aquel hombre debió ser un salvaje!

A varios metros de la entrada el pasillo de la vivienda concluía en un pequeño rellano, donde a un lado se encontraba un espejo sobre una especie de taquillón, y al otro los colgadores de la ropa y un paragüero. Con modales lentos la mujer se sacó el abrigo y lo colgó en el perchero. Entonces aprecié también que su cuerpo delataba rasgos de anterior elegancia. Deduje que no debió exagerar su ex-amante cuando me refirió sus espléndidas formas de cuarenta años atrás.

Para descargar la tensión que reinaba en el ambiente, traté de desviar la conversación.

- Como le decía, -dije dirigiéndome a él- estoy escribiendo sobre las costumbres y anécdotas de los antiguos agricultores de Almacelles y, según consta en el catastro del Ayuntamiento, usted fue propietario de una finca de su término...

- ¡Mire! -me atajó con su habitual brusquedad- aquello fue hace muchos años y no me acuerdo de nada. Además, tampoco voy a perder el tiempo con esas "chorradas".

Dicho esto cerró la puerta en mis narices sin la menor contemplación. Momentos después desde el exterior, le oí blasfemar e insultar a su mujer. Decepcionado llamé al ascensor varias veces y como tardaba en llegar, comencé a bajar a pié. Al llegar a la calle entré en el primer bar que encontré para pedir algo con que tomarme las pastillas de tonopán; comenzaba a visitarme mi habitual dolor de cabeza. Al ser el único cliente el camarero me sirvió solicitó. Mientras sorbía el café, deseché toda posibilidad de diálogo con aquel hombre. Y en cuanto a probar suerte con su esposa también resultaba muy difícil, puesto que le controlaba hasta el último minuto.

Aunque ya contaba con la posibilidad de un desenlace similar, lo cierto es que me sentía desmoralizado. Intenté resignarme y pedi otro café antes de iniciar el regreso para Lleida. Entonces

noté que el camarero me miraba insistentemente cuando me creía distraído; finalmente se me acercó preguntándome con exquisita amabilidad:

- ¿Le han dado esta dirección? ¿Busca usted a alguien?

Al principio no entendí por qué me lo preguntaba. Inocentemente le respondí:

- Pues... a decir verdad... sí. He venido para entrevistar a un matrimonio de jubilados justo aquí al lado, y... el marido me ha despedido sin ningún miramiento.

Al oír aquello el musculoso mocetón se echó a reír.

- ¡Ya se de quién se trata! Son del tercero C bloque ---- El marido es un despota, no hace migas con nadie. Trata a su mujer como una esclava, e incluso le sacude. Ella es una pobre mártir; no sé como puede aguantarle. Su único aliciente es jugarse las cuatro perras que consigue en esa máquina del fondo y tomarse algunos carajillos de coñac.

Pero vive atemorizada, tiene miedo hasta de hablar.

Después se alejó con la sonrisa a flor de labios para servir a dos muchachos que acababan de entrar. Quedé pensativo, y al poco una idea comenzó a bullir en mi cabeza: aquella mujer tenía problemas de dinero, puesto que se veía obligada a escamotearlo a su marido para sufragarse los pequeños vicios ¡El dinero abre todas las puertas! -pensé- aunque, lo difícil sería abordarla para ofrecérselo a cambio de su información. Consideré que, tal vez... el camarero podría ayudarme. Miré hacia él instintivamente y observé que en aquel momento, en el otro extremo del mostrador, hacia manitas con los recién llegados. Entonces recaí en las fotografías que había diseminadas por las paredes, descubriendo con cierta sorpresa que me encontraba en un bar de "gays". Mi primera reacción fue marcharme de allí, pero lo reconsideré con más calma y, "haciendo de tripas corazón" me quedé, puesto que sólo allí residía mi única posibilidad de diálogo con aquella mujer.

Esperé a que marchasen aquel par de "mariposones" y entonces me dirigí al complaciente barman.

- Oye, voy a proponerte un pequeño negocio que, además, lo consideraré como un favor personal.

Al oír aquello se le iluminó el rostro, y se acercó apoyando los codos sobre el mostrador susurrándome en voz muy baja: El negocio que quieras. Eres madurillo, pero estás muy bien.

No creí oportuno cortarle bruscamente por temor a que me negase su colaboración.

- No se trata de eso. Necesito mantener una conversación con esa mujer. Soy escritor y estoy investigando un asunto ocurrido en un lugar que ella habitó.

- ¿Escritor? -Exclamó interesado- y, ¿de qué escribe?

- Los escritores escribimos de todo, y aún así, la mayoría no nos comemos una rosca. Mi especialidad es el tema OVNI analizado desde el punto de vista científico.

- ¡Hostia! ¡El tema OVNI! -volvió a proferir- yo he leído casi todos los libros de J.J. Benítez. ¿Qué opina de él?

- Sinceramente, que tiene mas vocación de granjero que de investigador.

- ¿De granjero? Pero... ¿Por qué?

- Porque, empezó con un libro titulado "El caballo de Troya" y

